

tienen en realidad; á nosotros que desde que empezamos á hojear distraidamente los primeras volúmenes del autor boloñez, marcamos á éste por algo ideático y medio estafalario, á causa de ciertos dejos, tintes y colores de exagerado, con más algunas puntas y ribetes de arrogante y audaz en las interpretaciones escriturales; á nosotros que si respecto á él y á sus ideas reformamos nuestro juicio, ha sido por obra de fría y larga reflexión, en virtud de la confrontación reposada de opiniones y argumentos contra lo corriente de nuestro carácter propenso, en la incertidumbre de pareceres diversos, á quedarnos sin ninguno, sea por falta de penetración para aquilatar razones, sea por sobra de inercia ó impaciencia en el discurso, ó tal vez por amor á la dulce libertad de contradecir y variar de opinión á capricho, conducta que tiene sus encantos y ventajas en cosas que no lo valgan mucho; á nosotros hechos y conformados así por inclinación de naturaleza, ó por efecto de vicio adquirido, y más bien prevenidos en contra que predispuestos á favor del autor y de su sistema; á nosotros repito, si se nos inquiera, cuál es nuestro sentir en la presente controversia, no nos pesará manifestarlo con ruda franqueza; respetuosos á la especie de cuasi-contrato establecido entre el escritor y el lector, y á la consiguiente obligación de proponer y probar aquel, de entender y aprobar ó desaprobado éste según que estime suficientes ó no, para su asentimiento, las razones del primero. Con este bien entendido, pues, de buena fe creemos que con el temperamento debido, en conformidad con la idea de San Agustín, no puede calificarse de absurda la opinión que hace subir hasta el principio del mundo, el abolengo de la secta anticristiana y antisocial, impropriamente denominada hoy *masonería*.

Con una salvedad que cargamos á la exclusiva responsabilidad de Negróni, de De Camille y demás escritores que les hubieren precedido ó seguido en igual empeño, respecto de la

historia sucesiva de la secta, desde sus primeros días hasta nuestros tiempos, y desde estos, hasta el fin de los siglos y acabamiento de ella, tal y como ellos laboriosamente la forjan, conducen y explican con aplicaciones incesantes de los pasajes proféticos de las Escrituras Santas, para puntualizar personajes, nombres propios, pueblos, naciones, lugares geográficos, fechas, épocas y períodos determinados, circunstancias, pormenores y demás datos históricos de todo linaje con precisión extraña y sutileza de ingenio. Cuestiones son estas, que algunas solamente de ellas, ocuparon provechosamente las vigilias de los Santos Padres; que ya en remota edad devanaron los sesos á hombres de espíritu inquieto y curioso por demás, hasta hacerlos resbalar en graves errores contra la fé y doctrina católica; que hinchieron de erudición y saber los abultados volúmenes de sagaces expositores, sin lograr los pretendidos resultados; que en estos mismos días de indiferencia y positivismo, no dejan de cuando en cuando de solicitar algunas imaginaciones calenturientas, y dar pie para causar pueriles terrores en el vulgo. No hemos de ser nosotros quien con intolerable arrogancia pretenda hacer saltar á los ojos de la humanidad estupefacta los siete sellos del libro misterioso, ni el nuevo Colón que osadamente descubra todo el mundo desconocido, ni aún de lo pasado, menos aún de lo porvenir, encubierto bajo el sagrado velo de antiguas profecías ó esbozado quizá en los anuncios de modernos videntes de verdad.

Con esta salvedad, pues, razonable, que de ninguna manera nos compromete á sostener en toda su latitud esa filosofía bíblica de la historia, ó esa historia filosófica de los profetas bíblicos, lisa y llanamente confesamos de nuevo; que si vale, como no puede menos de valer, considerar á la masonería según su mera substancia, expresada y adecuadamente contenida en la definición arriba propuesta, prescindiendo de accidentes de

organización, denominaciones, formas pasajeras y varia estrategia, que no alteran la substancia en lo más mínimo; si parece conforme á los designios y ordinaria economía de la adorable Providencia, según que se dignó para advertencia nuestra, dejar grabadas sus huellas en las Escrituras Santas, buscar y reconocer en ellas algunos rasgos reveladores de la secta, en razón del máximo interés de ésta y de la suma utilidad de tal conocimiento para bien de los hombres; nadie tiene derecho á motejar con grave injuria de presuntuosa, extravagante ó desvariada la afirmación de haber encontrado en la Biblia, lo que en la Biblia debe de estar, alguna pintura, retrato ó bosquejo de aquella terrible enemiga; nadie se debe escandalizar de que el gran Agustín, después de haber incubado en su vastísimo espíritu por largo tiempo aquella absorbente idea, como lo declara en su libro *de Genesi ad litteram*, por último la diese espléndidamente á luz y desenvolvese con aquella majestuosa amplitud y elevación de conceptos, propios de su portentoso ingenio, en su cuadro sublime *De Civitate Dei*: nadie puede con racional motivo levantar burlesca algazara ó escandecerse contra el Ilmo. Sr. Espivent, contra el Ilmo. Sr. Gay, contra Negroni, Maupied y otros, porque tras las pisadas del Genio de Hipona y de otros Santos Doctores se hayan atrevido á rastrear en los Libros Santos lo que en ellos se muestra, la antiquísima alcurnia de la ciudad terrena, de la ciudad de Satanás; nadie, sin sorpresa del sentido común puede sorprenderse de que algunos fieles piensen y sientan conforme á esta creencia, ora llevados de cierto instinto religioso, que procede de anteriores enseñanzas y continuadas reflexiones; ora inducidos por la común tradición del satanismo sectario, más y más robustecida á causa de la más solemne y estrepitosa explosión de la secta en los últimos tiempos, y de la cual á la opinión del origen también satánico hay un solo paso, que no se atreve á darlo

la sabiduría meticulosa de algunos escritores, pero lo da fácilmente el ímpetu de la piedad franca y desenfadada.

No se nos tome á mal, que del P. Negroni traslademos acá un párrafo de un periodista masón, que en lenguaje como de tal pluma masónica, traza con breves rasgos la historia de la secta, bajo el supuesto, como punto de partida, de una remotísima antigüedad: para un Bazot y comparsa bien vale un *Mistrali* en compañía de un Richelline, un Caignart, de Mailly y muchos más. “La historia, dice *Mistrali*, demuestra la extraordinaria antigüedad de las sociedades secretas: al lado de la vida manifiesta y pública de la humanidad, corre otra vida subterránea y se desarrolla paralelamente á aquella, dando señales de su existencia al modo de la actividad vulcánica con erupciones periódicas. . . . . De las profundidades de la India al Egipto, de las riberas del Nilo á las serenas playas de la clásica Grecia, seguimos el hilo de la masonería: lo encontramos también en el centro de la escuela alejandrina. . . . . La historia de las sociedades secretas durante la Edad Media es conocida: más adelante la masonería tomó el disfraz de los socorros mútuos y de la hermandad. Mientras gemían los pueblos oprimidos con el yugo de la tiranía, el apostolado de la libertad desplegaba constante su actividad en las ideales catacumbas masónicas: era siempre el mismo trabajo, el fin era siempre el mismo. [1]”

En verdad que después del imparcial y desapasionado análisis precedente, llama la atención la conducta de ciertos escritores á este propósito. Dotados de talento y saber, que nosotros reconocemos con respeto y admiración, podían haber em-

1 *Piccolo Monitore*, año I. n. 104.

prendido igual tarea, hasta con esperanza de más aventajado fruto, por su mayor perspicacia de ingenio y más copiosas luces de erudición, ayudas de costa que en nosotros escasean; y con todo, ningún partido sacaron de todo esto. Unos ciertamente guiados por la claridad de sus observaciones é impelidos por la fuerza de su profunda convicción, saltaron las barreras de la época moderna, se plantaron en plena Edad Media, y remontaron tal vez más allá, á los primeros siglos del cristianismo, la famosa cuna de la masonería; y en verdad que merece loa la varonil intrepidez y despreocupación de éstos. Pero otros menos arriscados, en el teatro masónico pintado con figuras y paisajes nuevos y restaurado de arriba abajo á la moderna, no vieron más que personajes de ayer, casi conocidos de vista, que jugaban á política antisocial á lo Rousseau ó á conjuraciones é intrigas antireligiosas á lo Voltaire, y retirándose con esta desagradable impresión, dijeron á sus amigos:—Malos, pésimos espectáculos; á bien que eso es cosa de poco há, y un día podrá pasar la moda.—No se consuela el que no quiere.

Se hace extraña la timidez de éstos, su buena pasta, candor, superficialidad, ó lo que sea: mucho más después de las que se podrían razonablemente tomar por harto transparentes alusiones, hechas por la Santidad de León XIII al principio de su Encíclica *Humanum Genus*, y en que ya más arriba reparamos. Cuando por no salirnos de los límites que la cordura y la modestia de consuno señalan á la crítica en cuestiones de suyo difíciles y oscuras, no nos atrevemos á imponer con despótico exclusivismo como la única buena, la única aceptable, la opinión del origen absolutamente primitivo de la secta, antes bien nos reservamos nuestra entera libertad de juicio sobre el particular; mucho más nos guardaremos de adelantar que en el importantísimo documento pontificio ya se deshizo el nudo gordiano de la dificultad, ya se dió descifrado el misterio de la

esfinge, acumulando irreverentes á la majestad del Doctor universal, intenciones ó propósitos que acaso no abrigara. Con todo, sin traspasar la línea de la cristiana prudencia en la interpretación del venerable documento, bien puede sostenerse que el valor ó significación de aquellas alusiones, en cuanto y hasta donde lo tengan, en nada viene desvirtuado por el sentido de algunas frases del sabio Pontífice. Véamoslo, si no, que con este examen quitaremos una buena arma á los adversarios.

No creemos que éstos hagan hincapié en los títulos de *Masones* y secta *Masónica*, empleados en la Encíclica, como si excluyesen otros títulos y otra existencia anteriores de la secta. Claro que el Papa para ser entendido, la había de llamar con su nombre común y usual; á bien que buen cuidado se toma de advertir, que “las diferentes sectas, aunque distintas en el nombre, rito, forma y origen, por cuanto están ligadas por identidad de fines y afinidad de principios, substancialmente concuerdan con la masonería, que es el centro de donde parten y á donde vuelven todas.” Raciocinio que graves autores amplían y extienden á épocas más antiguas, y que bien puede llevarnos con igual fundamento hasta el primer eslabón de la cadena.

Mas donde se hacen fuertes los modernistas es en la enumeración de los Papas que condenaron la Masonería, Clemente XII el primero en 1738, y en la indicación del increíble incremento ó progresos de aquel capital enemigo, alcanzados en *siglo y medio*. Efectivamente, en aquella época *saltó la masonería de las tinieblas de la conjuración oculta*, según palabras textuales de León XIII, y de entonces acá ha corrido *siglo y medio* progresando más y más. Luego. . . . la nada entre dos platos. Es decir, Clemente XII el primero fulminó la secta conocida en 1738 con el nombre de masonería, como en otros tiempos otros Pontífices, Concilios y Santos Padres habían fulminado la secta conocida con otras denominaciones: la secta

reconocida con el título de masonería, ha progresado sobremas en el último siglo y medio, como en otros siglos la secta conocida con otros dictados ó apelativos, progresaba, decaía ó seguía estacionaria. Puesto que aquella secta de varios modos nombrada y esta secta masonería llamada, por cuanto se muestran *ligadas por identidad de fines y afinidad de principios, substancialmente convienen.*

Por consiguiente, subsisten en toda su fuerza, por lo que hagan á nuestro objeto, las alusiones dichas. Más: luego los pasajes aducidos de la Encíclica, y no hay otros semejantes, en contra de orígenes más ó menos remotos y en favor de los contradictores de ellos, prueban. . . nada.

Sin embargo, es visible, es palpable la repugnancia de muchos á subir y subir, con ordenado discurso y encadenamiento de datos, hasta donde sea lícito subir. Esto es un fenómeno raro, y ha de tener su explicación.

La tiene en efecto, y hasta trivial por cierto. El criticismo escéptico de fines del siglo pasado y parte del presente, y el criticismo, digamos naturalista de la edad contemporánea, que con diversa forma y por diferentes caminos tienden al mismo término y vienen á reducirse á una cosa misma, causaron y siguen causando grandes estragos en la sociedad. A los descreídos los obstinó más en su incredulidad; á los flacos y vacilantes les apagó sus amortiguadas luces de fe y de verdad; á los protestantes les enseñó á forjarse una fe y religión natural *ad usum* y un Cristo del todo humano; y á los católicos, ¿qué efecto les produjo? A los creyentes decididos los aguijó al estudio más asiduo de sus santas creencias; los apegó más á la roca incontrastable de la verdad divina, á la Iglesia y á la Cátedra de Pedro; los inflamó en el deseo de combatir á todo trance el error enemigo, de preservar de sus ataques y salvar á

sus hermanos. . . ¡Qué altos merecimientos! ¡cuántos lauros! ¡qué gloria! Mas, ¡ay! que el mal echó muy hondas raíces por todas partes, cundió y doquiera dejó semilla ó algún rastro de su maligna influencia; á manera de epidemia asoladora, que si no mata, quebranta los organismos y retienta hasta las complejiones más robustas. Así, el sistema destructor, con la más dañada intención concebida, puesto en planta y con todo encarnizamiento promovido, de negar hasta lo que por percepción directa ó fundado discurso es evidente, substituyendo fantásticas hipótesis á la certeza de las cosas; de ponerlo todo en tela de juicio, sin respetar órdenes ni categorías; de sujetarlo todo al régimen de leyes y agentes naturales, si ciertos unos, otros quiméricos ó tan ocultos que nunca parecerán; de encerrar todos los fenómenos de cualquier orden y especie dentro del círculo de la experiencia ó la observación, despreciada la autoridad aun suprema y todo sano criterio de razón; el sistema funestísimo, en una palabra, de hacer omnisciente, infalible y soberana la humana razón y personalidad, de desconocer á roso y velloso todo sér, toda intervención, toda esfera y mundo sobrenatural, ha penetrado de tal modo en la vida moderna, se ha actuado de tal suerte en las artes, ciencias, leyes, política y vulgares procedimientos, que ha llegado á crear una atmósfera ficticia y malsana de máximas, fórmulas y reglas que en mayor ó menor grado nos ha tristemente apestado casi á todos. ¡Dolorosa confesión! De aquí hasta en los mejores, salvos, esto sí, los principios de la fe y moral, de la doctrina católica con sus ineludibles consecuencias; de aquí el prurito de discutir hasta el exceso, y discutir sin descanso; de aquí cierta presunción en las propias luces y fuerzas, desconfianza de la agena autoridad aun bien fundada, secreta afición á cuestiones y opiniones confinantes con el error ó sospechosas, algunos sacrificios vergonzantes de la verdad íntegra y pura con atenuaciones y

capciosidades, desestima de hechos y tradiciones respetables por lo que escapan á nuestro análisis anatómico, cierto horror, en fin, y si esta palabra horripila, cierta íntima prevención contra lo extraordinario, contra la acción de causas superiores, contra lo sobrenatural, cuando interviene ó se le supone en cosas y sucesos humanos. No parece, sino que no somos justamente imparciales, si no cercenamos algo de nuestro fuero y derecho; que no somos bastante críticos, si con la vulgar corriente no nos excedemos en la crítica, negando ó dudando; que no guardamos debida equidad en la pelea si no tomamos del enemigo ó máximas ó métodos de guerrear; que ya desistimos completamente de razonar á la humana y natural, si alguna vez nos acordamos aun en lo humano de razonar un tanto á lo divino ó sobrenatural. Todo esto por de contado, como que se trata de hombres de la Iglesia, de hijos leales y dóciles alumnos de tal Madre y Maestra, sin hacer traición á la causa de la verdad, sin quemar un grano de incienso al ídolo del error, sin sacrificar uno solo de aquellos altos principios: prestarnos intención aviesa en este punto, sería injuriarnos gravemente: antes que denostar tan torpemente á escritores, cuya autoridad veneramos, cuyo saber y talento admiramos, nos cortaríamos la mano que rige esta mal tajada pluma. Ni hacemos determinadas elusiones, porque ni hacen al caso indirectas semejantes, ni son tan raros los ejemplos de lo dicho.

Ahora, para sacar la moralidad de todo este largo cuento, nos parece, si no se tiene á enojo, que algo de lo discurrido puede aplicarse á la cuestión que ya vamos dejando de la mano: que á esa especie de ojeriza ó recelo contra lo sobrenatural, á ese hábito de considerar las cosas y hechos con exclusión de causas y seres extraordinarios, á esa familiaridad con los procedimientos ultra-críticos de ciertas gentes y al deseo de esquivar la nota de exageraciones y misticismos extemporáneos,

debe atribuirse el que unos autores se queden á la mitad del camino de sus investigaciones por desmedido comedimiento, y otros resueltamente se nieguen á seguir adelante, después de los primeros pasos, cuando se indaga cuál es el origen primero de la masonería, más arriba del cual no se pueda ascender.

Esta es la explicación que prometimos buscar, y no encontramos otra. Si hemos ó no acertado, júzguelo el lector sensato.

Y aquí concluye definitivamente nuestro estudio sobre la primera hipótesis concerniente á la cuestión entablada, y que por su singularidad y trascendencia bien merecía la extensión que le hemos dado. Acerca de su valor y solidez, falle el entendimiento claro y limpio de todo prejuicio, la conciencia sana y desnuda de toda pasión. El asunto pertenece al anchuroso campo libre, abandonado á la disputa entre los hijos de la Iglesia: carecemos en absoluto de autoridad, para arrebatarnos, escatimarles ó regatearles la franquicia. Usen de ella á su talento. A la mano de Dios.